

## **LA JUNTADA DE MAÍZ**



**Tadeo Buratovich**

Para las jóvenes generaciones de estos tiempos, consustanciadas con las modernas metodología utilizadas para la recolección de cereales, tal vez les resulte muy difícil comprender el significado de estas palabras, tan comunes en la época en que se llevaron a cabo. “La juntada de maíz”, así llamada, marcó un período muy importante en la historia de nuestra agricultura hasta que fue reemplazada por la recolección mecánica. Pero, vayamos a los comienzos.

### **“El rudo trabajo en los albores de la humanidad”**

Desde épocas muy lejanas de la historia, ya perdida en la noche de los tiempos, el ser humano debió luchar por su subsistencia empleando y sacrificando su esfuerzo físico para realizar todas las labores que le permitieran obtener de la tierra los alimentos que necesitaba.

Entre los trabajos que realizaba estaban los de la recolección de los frutos y los cereales, que en los primeros tiempos generosamente en estado silvestre la naturaleza le reportaba, pero luego debió recurrir a su ingenio para hacerlos producir de la tierra con su propio trabajo, convirtiéndose así en agricultor.

Aun así, cada una de aquellas agotadoras tareas no eran más que una serie de extenuantes trabajos para la misma finalidad que la de nuestros días, pero que apenas sirvió para un tipo de agricultura pobre y limitada, con un margen muy estrecho entre la sustentación y el hambre, amenaza de la cual el género humano jamás estuvo libre. La lucha por la supervivencia era la preocupación constante del hombre primitivo.

Así, durante miles de años el ser humano continuó con un método de trabajo agrícola sin que se crearan los elementos necesarios para aliviar tan agotador trabajo. No obstante, el ser humano fue siempre remiso a través de la historia a adoptar los métodos que le permitieran aliviar sus tareas y acrecentar su producción, más aún cuando surgen los primitivos elementos de mecanización que ayudaron a mejorar sus condiciones de vida y ahuyentar el fantasma del hambre.

En el transcurso del siglo XIX se llevaron a cabo importantes inventos que permitieron al ser humano librarse de gran cantidad de tareas pesadas, pero la recolección de cultivos como el arroz, el algodón y el maíz debieron esperar aún muchos años para que la mecanización llegara a ellos. En nuestra zona podemos citar el caso del maíz, que se lo recolectaba en su totalidad en forma manual.

### *“Un recuerdo de otros tiempos”*

Muchos aún recordarán aquellas épocas de trabajo en “la juntada de maíz”, pues así se la mencionaba. Época de duro trabajo, sacrificios, sinsabores y nostalgias, era el momento esperado para recolectar los frutos de un año de trabajos, cifrados en la esperanza de ver recompensados los esfuerzos del agricultor y de mucha gente que tenían como única fuente de trabajo las labores del campo.

Cuando el maíz llegaba a su madurez, el agricultor (colono o chacarero se lo denominaba), comprobaba si el marlo estaba seco y desgranaba varias mazorcas o espigas de distintos lugares del campo. Si los granos resbalaban fácilmente entre las manos y hacían un sonido metálico, era el mejor momento para comenzar “la juntada”. La juntada propiamente dicha comenzaba en nuestra zona hacia mediados del mes de marzo, esperando generalmente a empezar después del día 19, día en que la Iglesia conmemora la festividad de San José. Siendo desde ya los agricultores devotos católicos en su mayoría, difícilmente comenzaban dicho trabajo antes de ese día.

### **“Los juntadores”**

Llegada esa fecha los agricultores (algunos ya lo hacían con anticipación), contrataban a peones juntadores para llevar a cabo el trabajo de recolección. Si la chacra donde se realizaba el trabajo contaba con una familia numerosa, y en condiciones de poder trabajar, los mismos se encargaban de levantar la cosecha; caso contrario se recurría a peones contratados. En la mayoría de los casos se empleaba para este trabajo a gente del pueblo en cuya zona estaba ubicada la chacra. Así familias enteras prácticamente abandonaban el lugar donde vivían y se instalaban provisoriamente en el campo para juntar el maíz. Las mujeres trabajaban a la par de sus familiares y los niños los acompañaban en la ruda tarea.

Pero la demanda de mano de obra o juntadores hacía que muchas veces debía emplearse gente de otras zonas del país (peones golondrinas como se los solía llamar). Muchos de ellos llegaban de las provincias de Córdoba, San Luis, Santiago del Estero, Corrientes, o de la lejana Tucumán, recorriendo las zonas maiceras del país buscando este tipo de trabajo. Algunos ya eran contratados anteriormente o venían con alguna recomendación de otros compañeros o familiares que ya conocían la zona donde irían a trabajar.

Los que venían por primera vez a la zona o al pueblo sin ninguna referencia o recomendación, lo hacían como quien dice “a la aventura” de poder conseguir trabajo o alguna changa. En la mayoría de los casos llegaban en trenes cargueros y de la misma manera que los “crotos”, seguramente colados en los vagones de carga. Las empresas de ferrocarriles no les cobraban boleto a quienes se dirigían a levantar cosechas. En períodos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el gobierno otorga el medio boleto a estos obreros, pudiendo viajar ya sin problemas, prohibiendo en cambio que lo hagan sobre el techo de los vagones o en las chatas de los trenes.

Una vez llegados a un pueblo, averiguaban por medio de algún comercio. De esta manera se arribaban a almacenes de campaña, de ramos generales, boliches, casas cerealistas o cooperativas agrícolas que podrían ser lugar de concurrencia de algún colono que iba allí para suministro de víveres, elementos de trabajo, tomar alguna copa o averiguar precio de cereales. Por lo general, donde más concurría el

agricultor era a las casas de acopio de cereales, pues allí se surtía de todo lo necesario para su chacra: desde lo mínimo indispensable para el hogar hasta semillas, combustible, arneses, y también implementos o herramientas agrícolas que luego pagaba con su cosecha. Allí entonces el colono que aún no tenía juntadores para su maíz, y a través de sugerencias de los comerciantes, contratava algunos de estos obreros. Una vez ya formalizado el trato, el colono recogía del pueblo a los peones o juntadores con una chata rastrojera (especie de carro de cuatro ruedas de mediana altura con llantas de hierro tirada por caballos), y en ella cargaba a los juntadores y todas las pertenencias que ellos traían. Si se trataba de gente del mismo pueblo que pasaban la temporada de cosecha en el campo, llevaban consigo parte de las pertenencias de sus casas, como camas, colchones, ropa, y hasta un brasero para encender el fuego, además de los elementos de cocina.

Ya en la chacra se instalaban en alguna pieza o galpón, o a falta de esto se construía una especie de choza fabricada con palos o tirantillos de madera unidos con alambre, y a manera de pared se colocaban cañas, chala de maíz o plantas de guinea, y se techaba con chapas de zinc. Allí en medio de las mayores incomodidades y muchas veces en lamentable promiscuidad convivían dos o tres meses, sufriendo toda clase de penurias a causa de tanta precariedad. Cuando se desataba algún temporal de lluvias, tan común en esa época del año, y que solían durar de 10 a 15 días, era frecuente que lloviese más adentro que afuera. En medio de estas largas y penosas temporadas de trabajo y sacrificios en tareas casi inhumanas, los más perjudicados eran los niños de estas familias, ya por el hecho de una enfermedad imprevista o por el hecho de no poder asistir a las escuelas al no contar con medios de transporte. Esto constituía un verdadero problema social, pues estos niños perdían buena parte del período escolar, con sus lógicas consecuencias.

Para quienes eran del pueblo y la chacra no estaba muy distante, contando con algún medio de transporte como sulkis o jardineras, el problema era menor, ya que diariamente se trasladaban al campo llevando la comida para el mediodía, y una vez finalizada la jornada al anochecer, retornaban a sus hogares para estar con sus familias.

### *“Comienza la Juntada”*

El maíz, que por lo general se sembraba desde fines de agosto hasta comienzos de Setiembre, llegaba a su madurez a mediados de marzo o principios de abril del siguiente año. Era época de cosecha, “la juntada”, se acostumbraba a decir. Cuando se comenzaba la juntada el colono organizaba “el reparto de luchas”, llamándose así el conjunto de surcos que tomaba a cargo cada juntador, y pudiendo variar según la capacidad de cada uno y según la extensión del cultivo, en número de 15 a 20 surcos si eran uno o dos juntadores, o 30 o más surcos si se trataba de una “cuadrilla” (conjunto de trabajadores), o un grupo familiar (hombres, mujeres y niños de todas las edades de un mismo grupo). En estos grupos uno de ellos representaba al resto frente al patrón, haciendo una juntada solidaria, y repartiéndose en partes iguales lo que hacían entre todos.

El juntador debía ser competente y con muy buena predisposición para el trabajo, pues según la superficie del cultivo, se contratava la cantidad de peones. Su indumentaria debía consistir en lo posible de prendas muy resistentes, como géneros muy fuertes, pantalones hechos con un tipo de loneta; blusas y gorra o sombrero de género, calzando en lo posible zapatillas de lona en días buenos y

secos, o los famosos botines “Patria” para los días de humedad, muy difundidos en esa época. A quienes sus condiciones económicas no les permitían disponer de esta indumentaria, es de suponer que en la mayoría de los casos, usaban lo que tenían en disponibilidad, es decir: lo más viejo.

Su equipo de trabajo constaba de la “maleta”, una especie de bolsa larga, de 150 a 160 centímetros de largo por 40 centímetros de ancho, construida de lona resistente, recubierta en la parte inferior por un cuero grueso liso que permitía un desplazamiento más fácil entre los surcos. En la parte de la boca disponía de dos argollas de hierro o ganchos, los que se enganchaban a su vez a otros dos ganchos o argollas de una especie de cinturón grueso de lona, de cuero o simplemente de bolsa de arpillera, y que el juntador se ajustaba a la cintura, pasando la “maleta” entre las piernas. De esta manera la iba arrastrando entre los surcos, quedando la boca de la misma abierta para introducir las espigas recolectadas.

Complementaba su equipo la imprescindible aguja chalera o deschalador, como comúnmente se la denominaba. Consistía en un clavo o un pedazo de diente de horquilla, al cual se le colocaba una serie de arandelitas de cuero en toda su longitud, dejando sólo la punta afilada al descubierto, y con una especie de empuñadura o manopla, también de cuero, que protegía la mano contra posibles cortes o pinchazos de las malezas.

#### **“El trabajo del juntador”**

Iniciado el trabajo, el juntador se desplazaba entre dos hileras de plantas de maíz arrastrando su maleta, deschalaba la mazorca o espiga de maíz con la ayuda del deschalador, y luego con ambas manos sacaba la chala y con un movimiento de torsión de izquierda a derecha, desprendía la espiga adherida a la planta y la echaba dentro de la maleta. Una vez llena ésta, el contenido de espigas se vaciaba en una bolsa de fuerte tejido de yute de medida 0,75 por 1,20 metros, comúnmente llamadas bolsas rastrojeras.

Estas bolsas se repartían estratégicamente en varios lugares de la “lucha”, en cantidades de 4, 5 o 6 por lugar, que se denominaba “parada”. Se llamaba “tirón” o “tirada” al recorrido efectuado al llenar la maleta y llegar a la parada de bolsas. Se calcula que con dos maletas y media se llenaba la bolsa rastrojera, que tenía una capacidad de 80 a 100 kilos de maíz en espigas. También, si quienes juntaban eran mujeres embarazadas y niños que se veían imposibilitados de arrastrar la maleta, en lugar de maletas se solía usar canastos de mimbre de tamaño grande. Luego, alguno de los hombres del grupo se encargaba de vaciar el contenido de los canastos en las bolsas. Éstas se llenaban hasta el tope dejando en la parte superior una especie de copete a manera de corona, que le daba un colorido aspecto.

El rendimiento de trabajo diario variaba según las condiciones del maizal y la capacidad del juntador. En cultivos limpios y de buen rinde el promedio de trabajo era alto. En condiciones favorables un juntador, y de acuerdo a su capacidad, podía juntar desde 6 y 7 a 12 y 14 bolsas diarias, aunque algunos aseguraban haber juntado entre 15 y 20 o más bolsas durante el día. Aunque algunos juntadores eran muy competentes y ligeros, estos eran casos aislados, por lo tanto, referente a los altos promedios de juntada, dejaremos que algunos veteranos juzguen la veracidad de tales hazañas.

Un juntador en buenas condiciones de trabajo podía ganar de 5 a 10 pesos moneda nacional diarios en los años 1940 - 1945.

El problema surgía a veces cuando se debía trabajar en maizales con muchas malezas. En estas condiciones los juntadores se resistían a seguir trabajando. Las malezas más comunes eran los abrepunños, chamico, cola de zorro, chinchilla, abrojo y otros, que dificultaban en gran medida el trabajo, y por lo tanto los juntadores exigían un sobreprecio por bolsa para compensar la lentitud de la tarea.

Las malezas solían ser un verdadero calvario para quienes realizaban estos trabajos, ya que eran vulnerables a sufrir alguna pinchadura o arañazo en cualquier momento, que podían provocarles infecciones o molestias intolerables, generalmente en las manos al ser las partes más expuestas del cuerpo. A esto debemos agregar que para adelantar el trabajo, el juntador solía comenzar su jornada aun antes de la salida del sol, y con un breve intervalo al mediodía, continuaba hasta el anochecer. (Normalmente se acostumbraba a realizar jornadas de sol a sol.)

Avanzada la temporada y con las primeras heladas de otoño, se agudizaba el sacrificio en esta labor. El rocío mojaba los pies, y en lotes con mucha gramilla también se mojaba la ropa hasta la cintura. Las escarchas de las heladas en las chalas de las espigas podían producir cortes y lastimaduras en las manos y que necesariamente tenían que ser curadas. Por la noche debían lavarse bien las manos con un jabón casero y untarlas con crema o aceite de glicerina, y si no se disponía de esto se aplicaba en su lugar grasa untosisal para calmar los dolores y suavizar las heridas y paspaduras causadas por el frío. Además, no faltaban los dolores musculares y sobre todo el de cintura, ya que al avanzar la temporada las plantas de maíz comienzan a volcarse y era necesario inclinar mucho el cuerpo hacia delante para alcanzar las espigas de las plantas caídas, trabajando de esta forma el día entero. Al tratar de erguirse era inevitable que el dolor se sintiera. Todo esto hacía más sacrificada la vida de estos trabajadores.

### *“Llenando la troja”*

Mientras que los juntadores seguían con la recolección, el chacarero o colono diariamente, en especial por la tarde y antes del anochecer, sacaba las bolsas llenas que se hallaban en cada lucha para evitar la humedad del suelo, del rocío o de la lluvia. Lo hacía con la ayuda de un peón o mensual o de alguno de sus hijos mayores, utilizando la clásica chata (comúnmente de dos barandas, habiendo también algunas de tres, que eran las usadas para cargar el trigo que se cortaba con máquinas espigadoras), arrastrándola con cuatro caballos. Si el terreno era blando a causa de lluvias recientes, se ataba un caballo más denominado “cinchero”.

La chata debía entrar en la lucha de cada grupo de juntadores, se contaban las bolsas y se alzaban a la chata hasta completar la carga que, si el terreno lo permitía, no podían ser más de 32 bolsas paradas, o sea, cuatro hileras de ocho bolsas a lo largo de la misma.

Durante muchos años las bolsas se levantaban generalmente a pulso, teniendo en cuenta su peso, que podía ser de 80 a 100 kilos. Se necesitaba un buen esfuerzo entre dos personas para izarlas. Con el correr de los años comienza a hacerse popular un tipo de aparejo o guinche accionado por una manivela con reducción a engranajes que enrollaba una cadena alzadora. En el ambiente chacarero se lo conoció como el “aparato”, y se lo instalaba a un costado de la chata amurado a una de las barandas. Este “aparato”, que en un principio sólo lo usaron

los que estaban en mejor posición económica y eran propietarios de la tierra, alivió en forma considerable la levantada de bolsas.

Una vez cargadas las bolsas en la chata, se llevaban al lugar de la chacra donde previamente se había levantado “la troje” (comúnmente llamadas trojas), especie de silo casero que se erguía no muy lejos de la casa y que daba un aspecto muy particular a la fisonomía del campo. Las trojas se preparaban con debida anticipación a la juntada, pues en ellas se almacenaba el maíz ya juntado.

Su construcción difería mucho de una chacra a otra, en el sentido del tamaño, que variaba de acuerdo a la producción de maíz que se obtenía, y en caso de necesidad se construían dos o más trojas. En otros casos estaba la prolijidad con que algunos la confeccionaban, que según fotos que aún se conservan de aquellas épocas, pueden verse como verdaderas maravillas, y quienes no las conocieron piensan que se tratarían de algún tipo de silos similares a los modernos.

Otros chacareros en cambio, las construían como podían sin mirar en absoluto los detalles. Las construcciones de las mismas se efectuaban siempre en lo posible, eligiendo un terreno en lugares altos, secos y abiertos, para evitar que el maíz fuese afectado por la humedad del piso. Se procedía a marcar un círculo en el suelo con un diámetro de acuerdo a la troje que se necesitaba, y que podía variar de 6 u 8 metros a los 10 o 12 metros, en los casos especiales de mucha cosecha. Luego se cavaba con una pala una pequeña zanja de una media palada de profundidad en todo su contorno. Cada dos metros aproximadamente se plantaban tirantillos o troncos finos de álamo u otra madera similar. Luego, a manera de pared se procedía a buscar cañas que siempre abundaban en la chacra, o tallos de maíz de guinea, sorgo, o la misma planta de maíz ya seca. Estas se colocaban paradas una al lado de la otra bien juntas dentro de la zanja circular. Alrededor de esta troje se comenzaba a colocar alambre blanco grueso a manera de aro de contención, con una separación aproximada de 20 centímetros entre uno y otro, colocados en forma superpuesta. Las cañas y palos se sujetaban a este alambre con una vuelta de otro alambre blando más fino; así quedaba la primera etapa de esta construcción.

En el suelo o piso, para aislar la humedad, se colocaba una camada de algún material seco, como ser paja de lino, pasto o chala, y se comenzaban a volcar en el interior las bolsas de maíz que se traían del rastrojo con la chata. En los primeros años la descarga de chata a troje se hacía en forma directa utilizando un planchón de madera o tablón que se colocaba de la chata a la troje y sobre el cual un hombre con la bolsa de maíz cargada sobre sus espaldas caminaba hasta la misma y vaciaba el contenido en ella.

Este método casi brutal exigía un esfuerzo máximo al que llevaba la bolsa, con el peligro de una caída a causa de un resbalón; más aún cuando se debía levantar el tablón en la parte de la troje a medida que se iba llenando ésta.

#### *“El carrito de entrojarse”*

Posteriormente aparecen los comúnmente llamados “aparatos o carritos de troje”, que primero usado por los más pudientes, y después de uso generalizado, contribuyó a facilitar el entrojado de maíz.

Este “carrito de entrojarse” era una especie de caja cuadrilonga, abierta en la parte superior y de cavidad cónica. En la parte inferior disponía de una compuerta basculante para la descarga del maíz y en las partes frontal y posterior sobresalían

dos brazos hacia arriba con una roldana cada uno que le permitía deslizarse sobre un cable suspendido. Estos carritos estaban fabricados en su mayoría de madera. Luego surgen modelos hechos con armazón de hierro y recubiertos de chapa preferentemente galvanizada que le otorgaba mayor duración, y con una capacidad de aproximadamente 120 - 130 kilos.

Para su instalación se plantaba un poste conocido vulgarmente como “palo de la troje”, de 10, 12 o 15 metros de alto según la medida de dicha troje. En su parte superior se amarraba el cable de aproximadamente un largo dos veces mayor a la altura del palo y que se fijaba a otro poste de baja altura, plantado en forma inclinada a su correspondiente distancia de la troje, dando al cable una inclinación de unos 40 grados.

El cable era comúnmente de fabricación casera, hecho con el mismo tipo de alambre usado en la troje. De acuerdo con el largo necesario se cortaban cuatro tramos iguales y se doblaban en la mitad dejando un ojal, que se sujetaba a un lugar fijo. Del otro extremo se procedía al retorcido hasta darle forma. Era común utilizar para este trabajo una de las ruedas de la chata, que previamente colocada en el lugar y con la rueda levantada, se le ataba un alambre en cada rayo de madera cerca de la maza, y haciéndola girar se obtenía el retorcido que se deseaba.

Una vez instalado y tensado el cable, se colocaba debajo el carrito trojero. La chata con las bolsas de maíz atracaba a su costado y volcaban el contenido de las mismas en dicho carrito, no más de una bolsa por vez. La elevación del carrito a través del cable era de tipo funicular: del otro lado de la troje una persona con un caballo tirando de la cincha con una soga o cadena, elevaba el carrito hasta llegar sobre la troje; allí la compuerta inferior se abría dejando caer su contenido. Dicha compuerta se abría tirando una soga, cadena o simple alambre enganchado debajo de la tapa, ya sea en forma manual o bien atando la misma contra el suelo, tal que al llegar arriba el carrito, la tapa se abría en forma automática. El que montaba a caballo sólo tenía que volver sobre sus pasos y esperar la nueva carga y el grito de aviso para la siguiente tirada.

A medida que la troje se iba llenando, se colocaban más cañas o tallos para aumentar la altura, llegando a los 6 o 7 metros, o hasta los 10 o 12 metros en las de mayor tamaño. Una troje de 8 metros de diámetro por 5 o 6 metros de altura tenía capacidad para unas 1500 bolsas rastrojeras, que representaban aproximadamente unos 1000 quintales (100.000 kg.) en granos de maíz. Al completar el llenado de la troje, se formaba en la parte superior un cono o copete de espigas, que a la distancia ofrecían una bella y colorida vista.

A veces solían surgir contratiempos en las trojes, especialmente con las de mayor diámetro. Los alambres de contención no resistían la presión por el peso de las espigas de maíz, que terminaban cortándose, debiendo reponerse los mismos de inmediato, pues si se cortaban varios juntos, se produciría lo que comúnmente decían: “se reventó la troja”, con el inevitable vuelco de su contenido con los trastornos que esto implicaría, siendo la solución más práctica solicitar urgentemente la desgranadora y de esa manera evitar todo un nuevo trabajo de entrojado.

### *“La bandera”*

En los altos del palo de la troje se solía izar una bandera hecha de lona o bolsa de arpillera. Como generalmente nadie llevaba reloj pues era un

artículo de lujo, desde la misma chacra el colono se encargaba al medio día de “levantar la bandera”, para que a la distancia fuera vista por los juntadores indicando la hora del almuerzo.

Uno tras otro los juntadores se encaminaban hacia la chacra y se disponían a almorzar. (Algunos directamente almorzaban en el lugar del trabajo junto a las paradas de bolsas.) Era muy común un puchero o un guiso y a veces algunos bifés, comidas sencillas pero un apetito feroz tras una agotadora jornada entre las chalas.

#### **“Se termina la juntada”**

Ya terminada la juntada en una chacra, los juntadores arreglaban las cuentas con el colono, y si en la zona en alguna chacra aún no se había juntado el maíz por falta de personal, allá iban a proseguir con este brutal oficio, muchas veces hasta los meses de Julio o Agosto, soportando los rigores del invierno y las penurias en su continua lucha por la supervivencia.

#### **“La larga espera por una esperanza”**

Allí en las chacras quedaban las trojes llenas esperando la llegada de los desgranadores; a veces durante meses solía desgranarse el maíz cuando ya se estaba efectuando la nueva siembra o más tarde aún, en los meses de Octubre o Noviembre. O sea, que en ocasiones sobrepasaba un año el ciclo entre siembra, maduración, juntada y desgrane y que el chacarero debía soportar, haciendo frente a todos los embates económicos que rigurosamente le sucedían.

Pero allí guardada estaba su esperanza, el fruto de un año de sacrificios, que a veces recompensaba con rindes generosos pudiendo llenar una o dos trojes de buen tamaño. Era motivo de justo orgullo en donde aprovechaba la oportunidad de fotografiarse con su familia al pie de las mismas, quedando así un fiel testimonio de una época.

#### **“La desgranada”**

La llegada de la desgranadora a una chacra era todo un acontecimiento. Los modelos primitivos, al igual que las antiguas trilladoras de parvas de trigo o lino, eran estáticas, se instalaban de frente a la troje, en la cual se abría un boquete a la altura de la noria o draga de carga, y se la accionaba por medio de una larga correa plana desde un motor a vapor instalado a la distancia. Una verdadera legión de personas atendía estas máquinas, contándose su dueño, maquinistas, foguistas, aguatero, ayudantes, engrasador, bolseros, costureros, estibadores y peones que echaban el maíz de la troje en la draga o noria de carga.

El maíz caído dentro de la draga era acarreado por la noria hasta el cilindro desgranador, donde se separaban los granos del marlo para luego caer en las zarandas de limpieza, y de allí por una noria directamente a las boquillas de las bolsas, que acto seguido eran cosidas por el costurero, pasando luego a la balanza y cargadas en los carros fletados si se trataba de carga inmediata; caso contrario eran estibadas a corta distancia de allí.

Los marlos salían despedidos por otro conducto a un montón; una parte de estos marlos se usaba como combustible para alimentar la caldera del motor a vapor y el resto quedaba en posesión del colono, pues era un elemento muy valioso en esas épocas, usado como combustible para las cocinas económicas y los asados, y que contribuía a un gran ahorro familiar.



Justamente por esta causa, el uso del motor a vapor en estas faenas comenzó a declinar, siendo reemplazado por los primitivos tractores que funcionaban a combustible kerosene o agricol, debido a las quejas de muchos agricultores, especialmente de quienes no disponían de mucho maíz, pues el motor a vapor les consumía gran cantidad de marlos y el sobrante no alcanzaba para el uso familiar hasta la próxima cosecha.

### **“Llega la juntadora mecánica”**

Así se concluía todo un ciclo de la cosecha de un cereal como el maíz, el cual durante muchos años no recibió los beneficios de la mecanización, y cuando los hubo, no se trató de una solución definitiva, como en el caso de las antiguas juntadoras deschaladoras de uno o dos surcos. Su resultado dejaba mucho que desear, solamente suplantaba al juntador pero seguían siendo necesarias las trojes con sus inconvenientes y costos, y luego el proceso de desgranada.

La solución definitiva surgió con una gran creación argentina, que fue la plataforma recolectora de maíz, denominada “el maicero” y que se aplicó directamente a las cosechadoras de cereales (corta y trillas) automotrices, que en una sola operación juntaban, desgranaban, limpiaban y embolsaban el maíz ya listo para ser depositado en la estiba o galpón, o directamente destinado a la venta.

Este notable invento argentino surge al comenzar la década de 1950, motivado por la necesidad de solucionar el problema de la juntada de maíz a causa de la escasez de mano de obra, y en donde se envió a soldados que cumplían con el servicio militar a realizar este trabajo.

Tres conocidos industriales con grandes capacidades creativas comenzaron, cada cual por su cuenta, a diseñar y perfeccionar sus propias plataformas maiceras hasta lograr sus objetivos. Fueron ellos: Miguel Druetta, Santiago Giubergia, y el más destacado por el éxito de su creación, don Roque Vassalli, quienes dieron solución definitiva a este inhumano trabajo como fue el de la juntada de maíz a mano.

### **“La repercusión social”**

El cambio fue notable con la introducción de esta nueva máquina, pues lejos de dejar a mucha gente sin trabajo como en un principio se afirmaba, la verdad resultó otra. El hecho de darle a la máquina corta y trilla una utilidad a su función, la cosecha de trigo y la de maíz, hizo que se incrementara la cantidad de este tipo de máquinas, y quienes antes estuvieron sacrificando sus vidas en el arduo trabajo de la juntada para ganar unos pocos pesos, fueron después a trabajar en tales máquinas, ya sean de bolseros, costureros, alzadores de bolsas e incluso algunos con más entusiasmo por la mecanización, dieron sus primeros pasos como ayudantes de maquinistas, y maquinistas luego, siendo muchos los casos en que llegaron a ser dueños de este tipo de máquinas.

### **“La revolución tecnológica”**

El proceso agrícola experimentaba un enorme cambio, por la rapidez con que se efectuaba la cosecha mecánica del maíz comparada a la juntada manual.

Cuatro personas trabajando de sol a sol y juntando un promedio de 10 bolsas maiceras por día en un maíz de un rinde de 50 bolsas en espiga por hectárea, y en un sembrado de 20 hectáreas totalizando 1000 bolsas de cosecha, necesitaban 25 días de trabajo para su recolección, agregando a esto el tiempo para alzar las bolsas

del campo y llevarlas a la troje, la construcción de la misma, y luego el tiempo empleado por la desgranadora, totalizaba 30 o más días.

Con la llegada de las primeras cosechadoras con el maicero juntador, la mayoría de cuatro surcos, otras de tres o de cinco, todo este proceso de trabajo no pasaba de 2 o 3 días entre cosecha y alzada de bolsas; tiempo de trabajo que se fue reduciendo a medida que se perfeccionaban los nuevos modelos de máquinas, y después con el trabajo a granel el lugar de bolsas.

Si tomamos en cuenta los tiempos actuales, las modernas y sofisticadas cosechadoras, de grandes capacidades y amplio frente de recolección, el mismo trabajo no excede de 4 o 5 horas, pero con una drástica y lamentable eliminación de mano de obra con sus dramáticas consecuencias.

### *“Para los que se fueron”*

Así, de esta manera queda reflejada en parte una dura época que perduró en esta zona hasta la segunda mitad de la década de 1950, desapareciendo ya en el comienzo de los 60. Pero siguió quedando en el recuerdo imborrable de mucha gente que vivió y sufrió esa grande y triste epopeya que fueron las juntadas de maíz.

Varias generaciones de seres humanos que con su lucha silenciosa entre los surcos, en arduo y sacrificado trabajo han dejado parte de su vida, su juventud y su cultura entre los maizales en procura de su subsistencia o de un mejor pasar.

A todos estos anónimos luchadores que mucho dieron y poco recibieron, el deber que a todos nos corresponde hacer, es rendirles a ellos con nuestro corazón y nuestro reconocimiento, el más sincero homenaje.

### FUENTES:

- ALMANAQUE MINISTERIO AGRICULTURA AÑO 1938
- ALMANAQUE MINISTERIO AGRICULTURA AÑO 1941
- NOTA DE RAMON A. KLAPPEMBACH: “INCIDENTES DE UN MAL ENTROJADO DE MAIZ” - PAG. 271 - 272.
- REVISTA CHARLA RURAL N° 119 - JULIO DE 1948
- NOTA: ENSAYOS DE COSECHADORAS DE MAIZ - PAG. 34 – 35
- JORGE ISAIAS: UNA EPICA: LA JUNTADA DE MAIZ - PAG 199 – 210
- CASI MEMORIAS DE ROQUE VASSALLI EDIC. GRANDES INDUSTRIALES - 1990
- ROGELIO A. MALPIEDI: EL CHACARERO Y LAS TAREAS RURALES
- ANUARIO HISTORIADORES FEDERADOS SUR DE CORDOBA Y STA. FE. ARTEAGA – 1991
- ARCHIVO DEL MUSEO HISTORICO DE AREQUITO. PUBLICACIONES SUELTAS VARIAS

### TESTIMONIOS ORALES:

- 1) CONVERSACIONES REALIZADAS EN DIVERSAS OPORTUNIDADES SIN FECHA PRECISA, ENTRE LOS AÑOS 1950 - 1990:

- ANTONIO BURATOVICH (1898 - 1979) JUNTADOR
- NICOLAS BURATOVIC (1890 - 1974) JUNTADOR
- JORGE PORPORATO (1915 - 1988) AGRICULTOR
- CIRILO BARRAZA (1900 - 1995) MAQUINISTA DESGRANADORA
- MATEO KONJUH (1916 - 1993) AGRICULTOR

2) TESTIMONIOS ACTUALES - ABRIL 1997:

- .PEDRO ROCCI AGRICULTOR
- JOSE AVARUCCI AGRICULTOR
- PERICLES TOMASINI JUNTADOR